

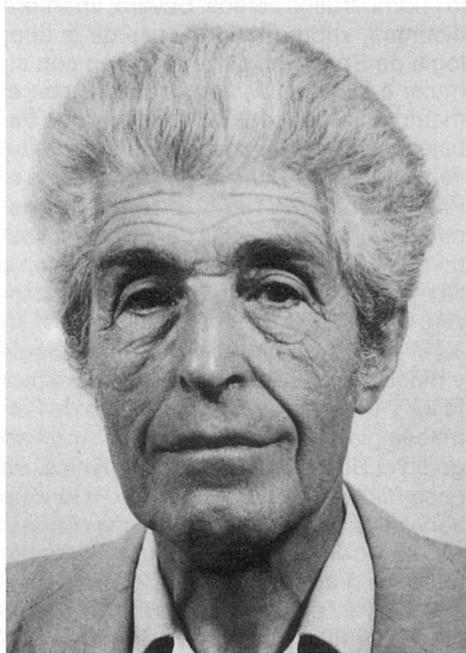
Académicos desaparecidos

El muy ilustre Sr. D. Pedro Aguiló Aguiló

Cuando le preguntaron al maestro de la Cirugía Militar don Manuel Gómez Durán cuál era, a su juicio, la virtud más destacada que debía poseer un cirujano (destreza manual, profundos conocimientos anatómicos, prontitud de reflejos, entereza de ánimo, incontenible afán por sanar activamente, con las manos, a sus semejantes), respondió, rotundamente, *la de ser un hombre bueno*.

Y, un hombre esencialmente bueno, amén de las otras cualidades reseñadas, imprescindibles para ser un destacado cirujano, era don Pedro Aguiló Aguiló, compañero, durante muchos años en las tareas de nuestra Real Academia, que falleció recientemente, el 26 de agosto del presente año, víctima de un invasor cáncer de colon. Enfermedad inmisericorde que sobrellevó con resignación admirable.

Pedro Aguiló, «Cetre», como gustaba poner en la placa de su consultorio, nació en Palma de Mallorca el 22 de agosto de 1910. Acababa, pues, de cumplir 83 años. Luego de estudiar, con gran aplicación, en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de su ciudad natal el Bachillerato, se licenció en Medicina, con Premio Extraordinario, en la Universidad de Barcelona, en 1932. Sus estudios en aquella Facultad fueron muy brillantes. Es interno de la Sala de Mujeres de la Clínica del doctor Batrina en el Hospital Clínico, Ayudante de Clases Prácticas en la cátedra de Patología Quirúrgica, Jefe del Dispensario de Cirugía General por designación del profesor Batrina. Publica, junto con el doctor Usúa Mariné, un trabajo, «Neurectomías periféricas en el tratamiento de las gangrenas de las extremidades». Y, ya en 1936, otro ensayo acerca de «Consideraciones sobre el tratamiento del ulcus duodenal». Lleva-



ba camino de ser catedrático. Pero estalla la Guerra Civil, se incorpora a las tropas nacionales como médico. Es nombrado pronto Jefe de un Equipo Quirúrgico. Al finalizar la contienda decide continuar en el Ejército. Deviene Cirujano Militar, se diploma en Cirugía. Llegará a ser Jefe del Servicio de Cirugía del Hospital Militar de Palma de Mallorca y Coronel Médico de Sanidad.

Fue nombrado Académico Numerario de nuestra Corporación en 1971. Su discurso de ingreso trató, premonitoriamente, de la dolencia que habría de arrebatarse la vida: «Consideraciones sobre la Cirugía del cáncer de intestino grueso, particularmente del colon». Dedicó su erudito parlamento a su padre muerto, «que no me precedió, pero me animó, y a mi hijo que deseo me

supere». (Su hijo, hoy, es un ilustre urólogo en Barcelona.) Le constestó su primo, el también inolvidable cirujano don Gonzalo Aguiló Mercader.

Don Pedro fue eficaz Presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Baleares, insustituible Profesor de la Escuela de Enfermeras de Son Dureta, la Residencia de la Seguridad Social en la que desempeñaría, durante muchos años, con notable acierto, hasta su jubilación, el cargo de Jefe de un Servicio Quirúrgico. Su postrer trabajo publicado data del 26 de enero de 1978; el discurso inaugural de la Real Academia: «Factores de progreso de la Cirugía en los últimos años».

Recuerdo a don Pedro Aguiló en las sesiones de la Real Academia, aburridas a veces, consultando su reloj de pulsera, nervioso. Le evoco paseando, unos metros detrás de su esposa y una hermana de ésta, por las calles antiguas de *Ciutat*, próximas a su domicilio de la Plaza Mayor. Enjunto, el rostro aguileño, abundantes, recios cabellos blancos, algo encorvado, eterna corbata de pajarita, un pitillo encendido en la mano izquierda. Su andar, en los últimos días, era despacioso, como reliquia de la paliza que le habían propinado unos atracadores. Le rememoro, tiempo atrás, en el antequirófono de la Residen-

cia y en el de la Clínica Rotger pidiendo, entre operación y operación, a los ayudantes y médicos amigos, tabaco, cualquier clase de tabaco. Porque el doctor Aguiló, «Cetre», era un fumador empedernido, insaciable. Y una persona silenciosa, preocupada por la incertidumbre del porvenir. Aunque era profundamente religioso y católico practicante. Hablaba poco, con voz a veces estridente. Mas sus juicios, discretos, breves, eran muy certeros, benévolos en no importa qué circunstancia.

Fue Aguiló, huelga el escribirlo, un excelente quirurgo. De la estirpe fecunda de los grandes cirujanos militares españoles: Gómez Ulla, Bastos Ansart, Gómez Durán. Fue un médico sumamente culto y caritativo. Su imagen, entrañable, perdurará muchos años en nuestro corazón y en el de los múltiples enfermos que operó con evidente éxito. Sus funerales, en su parroquia, en la Iglesia de San Miguel, en las capillas del Hospital Militar, del Hospital General y en la Basílica de San Francisco, constituyeron unas emocionadas manifestaciones de duelo. Todo el pueblo mallorquín se sumó al dolor de su familia.

Que la tierra, admirado amigo, te sea siempre leve.

José María Rodríguez Tejerina